

REVISTA DE ENFERMERIA



ROL, S.A. • San Elías, 31-33 • 08006 Barcelona • Año IX • Núm. 92 • Marzo 1986



- Atención Primaria, una labor de equipo.
- G.R.D. La moda que viene.
- Cómo se establece un programa educativo.
- Infertilidad masculina.
- Cáncer genital femenino. Una lucha.

IDEAS

Josep RAMONEDA

Todos nuestros sentidos actúan de forma selectiva a nivel consciente y esta posibilidad es la que nos permite transitar sin enloquecer, por una vida excesivamente llena de estímulos auditivos, visuales, táctiles, etc...

La base de esa selección —la composición del filtro—, depende de muy diversos factores; por ejemplo del aprendizaje. Así, cuando conducimos no percibimos —aunque la veamos— a la gente que pasa por las aceras pero sí vemos las señales de tráfico y los intermitentes de los coches que van a adelantarnos o a cambiar de carril.

Igualmente, influyen en la selectividad del filtro, nuestros intereses afectivos y aún profundamente dormidos o en medio de ruidos intensos, distinguimos perfectamente el llanto de nuestros hijos o la voz que pronuncia bajito nuestro nombre.

También, por supuesto, los prejuicios, la satisfacción de las necesidades vitales, los valores, las creencias y los deseos, perfilan definitivamente cuales son los estímulos por los que constantemente nos dejamos impresionar.

Yo —como seguramente muchos de los que leen este artículo— tengo una mirada que prioriza frente a los otros estímulos, la palabra escrita.

LA MIRADA SELECTIVA

En esa selectividad influyen varias razones, la primera es que tengo la convicción de que la palabra (en cualquiera de sus formas) es el atributo más típico y más diferenciador de la especie humana, la segunda razón es que conozco el enorme esfuerzo que significa para cualquiera, expresarse a través de la palabra. En tercer lugar, está el hecho de mi educación escrita y por último, influye en mí, la inclinación a pensar que cualquier cosa escrita ha sido hecha para ser leída.

Por todo ello, soy de las personas que leen todo lo que cae bajo su vista: los periódicos, los prospectos de los medicamentos, las vallas publicitarias, los anuncios del autobús, los recados de las puertas de las cabinas telefónicas, las instrucciones de las sopas de sobre, los folletos, los libros, los pasquines del Ayuntamiento, la propaganda que dejan en el parabrisas de mi coche y las revistas, por poner algunos ejemplos.

Esta selectividad de mi mirada (en el fondo tan poco selectiva cuando de la palabra escrita se trata), tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La ventaja principal es que a través de la lectura puedo ampliar casi infinitamente mis experiencias personales, conociendo sentimientos, ideas y sensaciones que nunca lograría adquirir por mí misma, en la corta vida que nos es dada.

El inconveniente —por citar sólo el más grave— es que esa fascinación por la letra impresa me distrae, en ocasiones, en demasía: a veces llego tarde a las citas porque una frase escrita en cualquier parte me ha llamado imperativamente la atención y no he podido dejar de hacerle caso, otras veces, y a pesar del cansancio y del convencimiento racional de la necesidad de dormir, no puedo hacerlo sin terminar un párrafo interesante del libro que leo y muchas, muchas veces, me sorprende a mí misma descifrando textos que no merecen la atención y el tiempo que les he brindado.

Justificada o explicada al menos (porque opino como R. Bartrés que no hay forma lógica de justificar los amores, sean del tipo que sean...), la magia que ejercen en mí las palabras, paso a comentar el encuentro que tuve hace unos días, con un cartel —insignificante en cuanto a tamaño y situación— que por un lado confirmó una antigua y repetida hipótesis mía y por otro, me dejó profundamente preocupada.

Los carteles, porque ví dos exactamente iguales y colocados a poca

distancia uno del otro, se encuentran en la pared de la sala de cardiología de uno de los hospitales de mayor prestigio de nuestro país y dicen textualmente:

SU ENFERMEDAD SÓLO INTERESA A SU MÉDICO

POR FAVOR HABLE DE CUALQUIER COSA MENOS DE ENFERMEDADES

No sé —ni creo sea importante saberlo—, si el cartel es de autor anónimo o si fue elaborado por cualquier compañero bien intencionado que únicamente pretendía animar a los pacientes a salir del círculo de la enfermedad y sus cuidados.

Tampoco sé el tiempo que hace que está expuesto ni cuantos enfermos lo habrán mirado sin verlo...

Decía al principio que la mirada es selectiva y sólo permite que llegue al nivel consciente una ínfima parte de las cosas que ve. Pero los mensajes, como saben muy bien los psicólogos y los publicistas, se graban (aun sin verlos) en otra parte de nosotros, subconsciente, que marca imperceptible pero definitivamente nuestro modo de vivir y hacer.

Puede ser que el cartel me haya impresionado excesivamente por mi mirada sesgada por el símbolo y la metáfora y puede también, que el hecho de que el cartel confirme una repetida hipótesis mía me haga confundir en su lectura.

Porque lo que yo leo es:

SU ENFERMEDAD SÓLO LE INTERESA A SU MÉDICO

Ni tan sólo permite, el bendito cartel, que el «paciente» comparta la responsabilidad o simplemente el interés por aquello que está viviendo exclusivamente él.

Creo que nunca en tan pocas palabras se ha podido excluir a tanta gente de un trabajo, como es la atención sanitaria, que únicamente adquiere su verdadero sentido si se hace desde la mirada múltiple y complementaria.

Tampoco nunca había sentido tan perfectamente definido el espíritu que inspira nuestro modelo sanitario: el médico es el eje alrededor del cual giran «los pacientes», materia prima indispensable a quien se niega toda posibilidad de participar y «los otros», auxiliares, ayudantes, meras extensiones médicas que tenemos como única misión conseguir la máxima eficacia de su trabajo.

Mi lectura pesimista —porque estamos en pleno debate sobre la Ley General de Sanidad e intentando reestructurar en profundidad la atención sanitaria en todos sus niveles—, corrobora esa sensación que hace tiempo me persigue de que los enfermeros no contamos y por tanto, no constamos.

Pero aún desde el pesimismo, que no quisiera exagerar porque se trata, sin duda, de unos cartelitos de nada, hechos con la mejor intención, no me gustaría dar la impresión de que la Enfermería española no está avanzando en la lucha por definir y defender su papel en el cuidado de la salud. Para confirmarlo sólo hace falta volver la vista atrás y comparar la situación general de la profesión de hace 10 años y ahora.

Esta reflexión no tiene más sentido ni objetivo que recordar que sólo «contaremos» cuando «constemos» y sólo lograremos «constar» si no olvidamos que debemos luchar día a día, incansablemente para demostrar que somos indispensables e insustituibles en el cuidado de la salud.

También quería, por último, llamar su atención e invitarles a todos a aguzar la «mirada selectiva» y a ser muy, muy cuidadosos con las cosas aparentemente insignificantes (como un pequeño cartel...) porque para conseguir grandes obras se deben tener en cuenta hasta los más pequeños detalles.

Rosa María Alberdi